

## “Sin-vergüenza”, un terrible virus maligno

No he visto cosa más ruin que utilizar el “hantavirus” en la confrontación política

A mi edad, pensaba que ya lo había visto todo o casi todo, pero, los políticos de esta derecha y ultraderecha trasnochada están aturdiendo con sus comentarios a mis frágiles neuronas. Seguir con ese “PPP”, “*Posicionamiento Político Patológico*”, en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte les separe, va a acabar con mi existencia saludable antes que el hantavirus con los pasajeros del crucero *Hondius*. Según sus comentarios y pronósticos, no es la rata la que pone en peligro a los viajeros, sino el malvado gobierno nacional capaz de acabar con ellos y con el resto de la humanidad.

Me preguntan mis neuronas qué más tiene que pasar para que los representantes de este pueblo soberano, más en invierno que en verano, dejen aparcadas sus diferencias lógicas e ideológicas y vayan todos a una. El día a día les está ofreciendo oportunidades a raudales, pero deben estar tan contagiados del virus internacional, “sin-vergüenza”, que ni siquiera se les empina. Creo que han sido los frecuentes besos y abrazos con Trump, Putin y Netanyahu, los causantes de que esta “mala hierba que nunca muere” pasee con total impunidad por los campos patrios. Quizás, los padres de la constitución deberían haber puesto una malla antihierbas para que esos brotes malignos no boicoteen la belleza de las flores.

Me pregunto qué habría dicho y hecho *el Canario* si, en el *Hondius*, viajase su abuela y hubiese llegado al archipiélago sin señales de contagio de la rata genocida. Si a otras ratas las recibe con honores, vítores y aplausos, debería, como mínimo, haber cerrado la boca y, si no aplaudir para no echar al traste la coalición, sí por lo menos dejar que los expertos en la materia trabajasen con mayor confianza y libertad. Pero esta derechona trasnochada ni sabe, ni entiende, ni le importa lo que dice la ciencia y luego pasa lo que le ha pasado a *la Ay-uso* que, por su escasa habilidad diplomática, la echan de *Méjico lindo*, no solo porque tenga el virus “sin-vergüenza”, si no porque tampoco tiene la capacidad de hilvanar un discurso. Y eso, que en la Sección Femenina de la Falange enseñan a coser.

Pero veamos, señoras y señores trasnochados, ¿no están los científicos super experimentados haciéndose cargo de la situación?, ¿no están las Naciones Unidas implicadas en este asunto?, ¿no está Europa entera confiando y apoyando la gestión del gobierno de todos?... Señoras y señores “sin-vergüenza”, la rata se ha quedado en Ushuaia porque allí quiere vivir, le gusta, como a mí. La Tierra del Fuego, es un lugar privilegiado del Fin del Mundo al que les invito a viajar cuando tengan la oportunidad de hacerlo. Les puedo asegurar que son más peligrosas las ratas-humanoides, nacionales e internacionales, que las que prefieren la mierda de algún estercolero o que nadar en aguas del Atlántico.

No hacía falta fondear el buque, aunque lo exija *el Canario*, eso sí, después de saber que el nombre de su abuela no estaba en la lista de pasajeros. No hacía falta el discurso barato

para fomentar el incremento de “ovejas” que, si les conviene, las llevarán al matadero. No hacía falta ese protagonismo pírrico y ridículo para abanderar una causa que no favorece el asentamiento de una derecha necesaria que aporte ideas y equilibre los intereses de unos ciudadanos que ansían vivir en un país democrático más que en una dictadura.

Me gustaría dedicar algún artículo a opinar sobre el gobierno y las acciones que lleva a cabo, pero esta derecha trasnochada me lo impide y al gobierno se lo pone a huevo. No es habitual que la derecha are los campos y que la izquierda disfrute los frutos de lo sembrado. En el campo, debería trabajarse codo a codo, mano a mano, y luego, bajo un clima atemperado, ir a emborracharse al bar de *la Carmela*, donde vivía *Ciriaco*. Y llegados a este punto, ustedes se preguntarán ¿quién es ese tal Ciriaco?, y yo les digo, el protagonista de una novela que cortó los huevos “*al marrano*”. Y ahí les dejo, en esa incertidumbre a la que los correveidiles nos tienen acostumbrados.